

a su traducción de la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides

Epístola dedicatoria

AL HONORABLE
SIR WILLIAM CAVENDISH,
CABALLERO DE LA ORDEN DE BATH,
BARON DE HARDWICK
Y
CONDE DE DEVONSHIRE

Honorable Señor, confío en la bondad de Su Excelencia y comienzo esta epístola confesándole con llaneza y en concordancia con la fidelidad que le debo a mi patrón, que está ahora en el cielo, que no es a Usted sino a Su padre a quien dedico esta labor.¹ Pues ni cuento con la libertad de decidir a quién presentar esta obra como ofrenda voluntaria –estando, como estoy, obligado en mi deber de ofrecérsela a él, gracias a cuyo permiso dispuse tanto del tiempo como del estipendio para realizarla– ni sabría a quién más dedicársela, en caso de que tal obli-

1. La traducción está dedicada a William Cavendish, segundo Conde de Devonshire y empleador de Hobbes, muerto el 20 de Junio de 1628. La carta, en cambio, está dirigida a su hijo, William Cavendish, tercer Conde de Devonshire, que tenía once años de edad en 1628.

Para nuestra traducción hemos utilizado la edición de Sir William Molesworth (ed.), *The Collected Works of Thomas Hobbes*, Vols. 8-9, London, 1992 (orig. 1843).

gación hacia Su padre fuera de algún modo cancelada. Gracias a la experiencia que me han dado los muchos años durante los cuales tuve el honor de estar a su servicio, puedo asegurarle a Usted lo siguiente: no existe nadie que haya favorecido más que mi Señor, Su padre, con actitud más desinteresada y sin ansia alguna de gloria, a quienes practican con liberalidad las artes liberales; y nadie en cuya casa la universidad sea menos necesaria. En cuanto a sus propios estudios, estos se centraban mayoritariamente en el tipo de conocimiento que más merece las horas y la fatiga de los grandes hombres: la historia y la ciencia civil; y tenían como objetivo, no el exhibir con vanagloria las muchas lecturas, sino el gobierno de su propia vida y del bien común. Él leía, digería con buen juicio las enseñanzas que adquiría en sus lecturas y las convertía en sabiduría y habilidad para beneficiar a su país. En estos menesteres ponía todo su celo, pero un celo tal que nunca ardía en acciones facciosas ni en la ambición.² Así como era un hombre extremadamente hábil a la hora de dar buenos consejos y de expresarse con claridad en cuestiones de profunda seriedad y relevancia, tanto públicas como privadas, era también un hombre a quien nadie habría podido desviar, ni siquiera a empujones, del recto camino de la justicia. No sabría decir si merece más el mote de justo por su rigor a la hora de imponer justicia sobre sí mismo –lo cual hizo hasta el último aliento– o por la magnanimidad que tenía al no hacérsela imponer sobre sí por otros. Nadie conocía a los hombres mejor que él y por eso fue tan constante en sus amistades, porque no le preocupaban ni las *circunstancias* ni los *apegos*, sino los *hombres*. Con ellos conversaba a corazón abierto y no tenía más precauciones que su propia integridad y ese *nil conscire*.³ Con sus iguales se comportó de manera equitativa y siempre trató a sus inferiores con gran naturalidad, pero haciéndose respetar completamente con el esplendor natural de su valía. En síntesis, era un hombre en quien se constataba con claridad eso de que *honor y honestidad* no son sino lo mismo en los diferentes rangos de las personas. Por ende, a él y a la memoria de su valía sea consagrada esta ofrenda, aunque sea indigna.

Ahora con este rito *civil* voy a imitar los ritos *religiosos* de los paganos, que, cada vez que ofrecían algo a sus dioses llevaban la ofrenda y la presentaban ante la imagen del dios. También yo traigo y presento este regalo de mi parte, *La Historia de Tucídides*, traducida al inglés con mucha más diligencia que elegancia,

2. El término que traduzco por «celo» es *zeal*. Desde la obra fundacional de Richard Hooker, *The Lawes of Ecclesiastical Polity* (1593) en adelante, el término *zeal* solía ser usado una y otra vez por teólogos, panfletistas y escritores en general para dar cuenta de la característica fundamental de los puritanos que atacaban el anglicanismo acusándolo de «tibio» (*lukewarm*) y «papista.» *Zeal* significa en este caso tesón, esfuerzo y compromiso ético sin arrogancia ni beligerancia. Aquí, por tanto, Hobbes está elogiando la capacidad de diálogo y, en última instancia, la civilidad y el irenismo de su patrón.

3. El lema reza *nil conscire sibi* y significa «tener la consciencia tranquila».

Ilustración nº 5

ante Su Excelencia, que es la imagen de su padre, pues jamás un hombre fue copiado con tanta fidelidad como él en Usted, al punto de que ya se pueden apreciar las semillas de sus virtudes brotando en Usted. En haciéndolo, invito humildemente a Su Excelencia a que lo tenga a bien entre los dones que le son presentados y a que, a su debido tiempo, lo lea. Le recomiendo este autor sin impertinencia, puesto que en su sangre corría sangre de reyes, pero prefiero más bien recomendárselo por sus escritos que contienen lecciones muy valiosas para el joven noble y para quienes habrán de llevar a cabo acciones de gran importancia y trascendencia en el futuro. Pues puedo decir sin riesgo de equivocarme que, más allá de los excelentes ejemplos y preceptos de virtud heroica que tiene Usted en su casa, no será poco lo que este libro aporte a Su educación, especialmente cuando llegue Usted a la edad en que uno empieza a modelar su propia vida de acuerdo con lo que observa. Esto se debe a que en historia las acciones de honor y deshonor se manifiestan claras y distintas y es fácil distinguir unas de otras, mientras que en el presente están tan disimuladas que pocos hombres, sólo los más sutiles, logran no equivocarse groseramente y confundirlas. No me cabe duda de que esto que digo resulta del todo superfluo para Su Excelencia, por tanto concluyo con esta plegaria: que le plazca a Dios conferirle a Usted virtudes que se acomoden a la agraciada sede que para ellas ha dispuesto y la felicidad a la que conducen dichas virtudes, tanto en este mundo como después de él.

A Su Excelencia de Su sirviente más comedido,
Tho: Hobbes

Al lector

A pesar de que esta traducción ya pasó por el escrutinio de algunos cuyas opiniones estimo muchísimo y puesto que hay algo mucho más aterrador –no sé bien qué– en el escrutinio de una multitud que en el de un individuo, por más severo o minucioso que éste sea, siempre me ha parecido una actitud decorosa en los hombres que deben desenvolverse ante muchos, y del todo necesaria para mí a causa de mi perfeccionismo, acudir a vuestro juicio imparcial. Y para permitirme aspirar a él aún con más razón estoy dispuesto a informaros brevemente sobre las circunstancias y motivos que me llevaron a acometer esta tarea. Desde entonces, pero sobre todo ahora con la publicación, me he puesto a disposición de vuestra censura con tan poca esperanza de gloria como se puede tener con algo de esta naturaleza. Pues bien sé que las obras de traducción tienen la siguiente característica: si no están bien hechas son objeto de gran escarnio, si, en cambio, están bien hechas, muy pocos elogios recogen.

Muchos han argumentado que algunos autores antiguos conservan todavía su primacía. Se dice, por ejemplo, que Homero en poesía, Aristóteles en filosofía y Demóstenes en oratoria aún no han sido superados por ninguno de sus sucesores. Creo que es justo incluir entre estos también a Tucídides, un artista no menos perfecto en su obra que los otros en las suyas, y en quien la facultad de escribir historia llegó al nivel más elevado. Si uno acepta que la función principal de la historia es educar y ayudar a que, gracias a las lecciones del pasado, los hombres se comporten con prudencia en el presente y con providencia respecto del futuro, no tenemos testimonio alguno –escrito por un mortal– que logre esto de forma más natural y satisfactoria que la obra de mi autor. Es verdad que hay muchas historias escritas después de él que son tan excelentes como útiles y es verdad que en muchas de ellas uno encuentra discursos muy sabios sobre las costumbres y la política. Pero puesto que dichos discursos están incluidos en estas obras y no forman parte de la urdimbre misma de la narración, exaltan más bien la sabiduría del autor que la historia en sí misma, cuya esencia sigue siendo puramente narrativa. En otras obras uno encuentra sutiles conjeturas acerca de los propósitos secretos y las especulaciones internas de los personajes sobre quienes versa la historia; y, aunque esta no sea virtud insignificante en una historia, la conjetura debe tener un firme asidero en la realidad y no tener como objetivo adornar el estilo del autor o exhibir la sutileza de su intelecto por medio de suposiciones decorativas. Las conjeturas suelen ser asaz imprecisas, a no ser que sean tan evidentes que la misma narración se las sugiera al lector. Tucídides es alguien que, a pesar de nunca caer en digresiones para ofrecer una lectura política o moral de su propio texto, y a pesar de nunca aventurarse en los corazones de los hombres más allá de lo que las acciones claras y evidentes se lo permiten, fue el historiógrafo más político que jamás haya escrito.⁴ La razón de esto, según creo, es la siguiente: Tucídides elegía para narrar acciones bien determinadas, las ordenaba con tan buen juicio y se expresaba con tanta perspicuidad⁵ y precisión que, como dijo Plutarco, hacía de su lector un espectador.⁶ Pues ubicaba a su lector en las asambleas populares y en los debates del senado, en las calles, en los levantamientos, en los campos y en las batallas. Imagínese usted, lector, cuánto provecho habría sacado un hombre de buen entendimiento si hubiera sido testigo presencial de dichas acciones y gozado de familiaridad con los hombres y los asuntos de aquel tiempo. Pues casi el mismo provecho sacará hoy quien lea con

4. El adjetivo *politic* en las primeras décadas del siglo xvii significaba «político», pero también «juicioso», «sensato», «prudente», «sagaz» e «ingenioso»

5. Ver nuestra Introducción, *supra*.

6. Plutarco, *Moralia* 4.501.

atención e inteligencia las acciones aquí narradas. Quien así lea podrá extraer lecciones para sí mismo y por sí mismo logrará rastrear los orígenes de las intenciones y deliberaciones de los actores en cuestión.

Tanto me agradan estas virtudes de Tucídides que surgió en mí el deseo de difundir sus ideas y de este modo nació la idea de traducir su obra. Es fácil caer en el error de creer que cualquier cosa que nos plazca placará del mismo modo también a los demás, o en el error de simpatizar con el proceder de alguien con quien compartimos ciertos gustos, o a quien nos une el desagrado por las mismas cosas. Acaso yo caí en este error cuando pensé que la obra agradaría a todo hombre de buen entendimiento tanto como a mí. Tomé en cuenta también que, a pesar de que Tucídides es muy admirado por los franceses y los italianos que ya lo han traducido a sus lenguas, algunos de sus traductores no le habían hecho justicia.⁷ De ellos no hablaré demasiado ya que Usted, estimado lector, es candidato a formarse una opinión propia sobre esta versión, pero sí diré una cosa: A la vez que Tucídides lleva consigo su propia luz a través del texto para que el lector a cada paso vea el camino, el lector debe anticipar lo que viene, sopesando lo que ya ha sido dicho; y he notado que ciertos traductores no lograron producir este efecto. La causa de ello, su excusa, era que el texto del que disponían era una traducción al latín hecha por Lorenzo Valla, una versión, por cierto, no carente de errores, además de un texto griego no tan correcto como el que tenemos ahora.⁸ Del francés fue vertido al inglés -pues no he de ocultar que lo he visto traducido al inglés- durante el reinado de Eduardo VI;⁹ y así, como por multiplicación de errores, acabó siendo transferido más que traducido. Por eso decidí traducirlo directamente del griego siguiendo la edición de Emilio Porta sin dejar de lado ni descuidar ninguna otra versión, comentario o cualquier otra ayuda que encontrase. De este modo me aseguré de que, una vez que mis ocupaciones me permitieran finalizar la traducción, en la que puse gran diligencia, los errores pudieran ser cotejados directamente del inglés al griego sin pasar por otras lenguas. En cuanto a errores, no he encontrado ninguno y espero que no haya muchos. Una vez que hube terminado la traducción, la dejé reposar por largo tiempo y, por diversas razones, mi deseo de difundirla cesó.

7. Ver U. Klee, *Beiträge zur Thukydides-Rezeption während des 15. und 16. Jahrhunderts in Italien und Deutschland*, Bern, 1990.

8. La primera edición impresa del texto griego de Tucídides fue la de Aldo Manuzio (Venecia, 1502), luego se publicó la edición de Henri Estienne (París, 1564, corregida y reeditada en 1588, el año del nacimiento de Hobbes) y la de Emilio Porta, en Frankfurt en 1594, que es la que utilizó Hobbes.

9. La traducción de Thomas Nichol, publicada en Londres en 1550, no es del griego sino de la traducción francesa de Claude de Seyssel (1527), quien, a su vez, tampoco tradujo del griego sino del latín de Lorenzo Valla.

En parte cesó mi deseo porque me di cuenta de que muchos buscan en los libros de historia lo que los romanos buscaban en los espectáculos de gladiadores, a los que iban para ver derramamiento de sangre y no destreza en el manejo de las armas. En efecto, son muchos más los lectores que disfrutan leyendo acerca de grandes ejércitos, batallas sangrientas y miles de hombres masacrados que aquellos a quienes les interesan las artes que hacen posible que tanto los ejércitos como las ciudades lleven a cabo sus propósitos y administren sus asuntos. También me percaté de que para muchos lectores los nombres de los lugares con que se encontrarían en esta historia eran del todo desconocidos. Sin el conocimiento de estos nombres la lectura se volvería tediosa, sería difícil de comprender correctamente y recordarla sería aún más dificultoso. En aquella época casi todas las ciudades tanto de Grecia como de Sicilia, que son los dos principales escenarios de la guerra, eran en y por sí mismas ciudades-Estado [*commonwealths*] y cada una de ellas una facción [*party*] en la disputa, de modo que se trata de una gran cantidad de nombres.

Sin embargo, desde entonces he reflexionado y he llegado a la conclusión de que aquella primera consideración no debía tener peso alguno para quien se contenta con los pocos y buenos lectores. Visto que son los únicos que realmente hacen uso del entendimiento, su aprobación es la única que debo considerar. En cuanto a la dificultad resultante del desconocimiento de los lugares y sus nombres, también dejó de parecerme irresoluble cuando me dí cuenta de que una serie de ilustraciones adecuadas bastaría para remediarla. En vistas de resolver este problema decidí incluir dos mapas generales, uno de Grecia y el otro de Sicilia. Para este último utilicé uno ya existente y del todo preciso hecho por Philip Cluverius.¹⁰ Lo hice recortar y lo encontrará usted al comienzo del sexto libro. Pero en lo que a mapas de Grecia respecta no logré encontrar ninguno que resultase apropiado para esta obra pues las mediciones de Tolomeo y las descripciones de quienes lo sucedieron no se adecuaban a los tiempos de Tucídides, por lo que muy pocos de los sitios allí mencionados y descriptos se pueden identificar con aquellos mencionados en la *Historia*.¹¹ De modo que me ví obligado a dibujar un mapa yo mismo como mejor pude, para lo cual utilicé el contorno del país según la versión más moderna y respetada. Una vez dibujado el país me dediqué a incluir todos los lugares mencionados en la obra situándolos de acuerdo con las

10. Hobbes era un ávido lector de la obra del historiador y geógrafo alemán Philipp Clüver (1580-1622). Ver Patricia Springborg, «Hobbes and Cluverius», *The Historical Journal*, 39, 4, 1996.

11. En la *Geografía*, compuesta alrededor del año 150 d.C., Tolomeo incluye detalladas referencias cartográficas, basadas en las cuales se produjeron varios mapas del mundo antiguo luego de que el texto tolemaico fuese redescubierto por el teólogo y filólogo bizantino Máximo Planudes a comienzos del siglo XIV.

coordinadas que encontré en Estrabón, Pausanias, Herodoto y otros autores respetables. Y para demostrarle, querido lector, que no soy un embaucador y que no ubiqué algunos sitios importantes con gran exactitud y otros menos importantes sin cuidado o precisión alguna, he incluido con el mapa un índice de los autores que me justifican cuando me muestro en desacuerdo con otros.¹² Con estos mapas y las muy breves notas que agregué en los márgenes junto a los pasajes que realmente las requerían, creo que la *Historia* servirá para el beneficio de todos los hombres de buen entendimiento y buena educación. Es para ellos, de hecho, que Tucídides decidió escribirla. Por eso he resuelto finalmente hacer pública mi labor, no sin esperanza de que sea bien recibida. Si así fuere, sin duda gracias a los méritos y a la excelente calidad del autor, estaré satisfecho.

Sobre la vida y la *Historia* de Tucídides

Leemos sobre diversos hombres que llevaron el nombre de Tucídides. Hubo un Tucídides de Farsalia mencionado en el octavo libro de la *Historia*,¹³ que fue anfitrión público de los atenienses en esta ciudad y luego, hallándose de casualidad en Atenas cuando el poder de los cuatrocientos comenzó a decaer, intercedió y logró persuadir a las distintas facciones que querían alzarse en armas de que no lucharan en la ciudad y arruinaran el Estado. También está Tucídides hijo de Milesias, un ateniense del distrito de Alope, de quien habla Plutarco en su *Vida de Pericles*.¹⁴ Este Tucídides muy probablemente sea el mismo de quien se dice, en el primer libro de la *Historia*, que estaba al mando de cuarenta galeras enviadas hacia Samos unos veinticuatro años antes del comienzo de la guerra.¹⁵ Otro Tucídides, hijo de Aristón, ateniense también, del distrito de Aquerdos, fue poeta, sin embargo no se conserva nada de su obra. Pero el Tucídides autor de esta obra, un ateniense del distrito de Halimo, fue hijo de Olorus (u Orolus) y Hegesypele. El nombre de su padre generalmente aparece como Olorus, aunque en su lápida decía Orolus. Como sea que se escribiese, se trata del mismo nombre que provenía de un linaje de antiguos reyes de Tracia y que le fue legado con respeto por sus ancestros. De

12. Hacia 1660 el mapa de Hobbes ya se consideraba obsoleto e impreciso. En una carta a su hijo, que estaba viajando por Grecia, Sir Thomas Browne se refiere al «mapa que Mr. Hobbes adjuntó a su traducción de Tucídides» en el que se confunde la locación de Farsalia y se la ubica al sur del río Peneo Cf. G. Keynes (ed.), *The Miscellaneous Writings of Sir Thomas Browne. Including Miscellany Tracts and Repertorium*, Faber & Faber, London, 1931, p. 262.

13. 8.92.8. Todas las citas de Tucídides son de Robert B. Strassler (ed), *The Landmark Thucydides: A Comprehensive Guide to the Peloponnesian War*, New York, 1996.

14. Plutarco, *Vida de Pericles* 8.4.

15. 1.117.2.

modo que aunque nuestro autor no hubiera escrito la *Historia*, como dice Cicerón en *De oratore*,¹⁶ su nombre igualmente nos habría llegado gracias a su honor y nobleza. Y no solo Plutarco en la *Vida de Cimón*,¹⁷ sino casi todos los que han tocado este tema, afirman directamente que Tucídides era descendiente de los reyes de Tracia. Para demostrar esto aducen que venía de la familia de Miltiades, el famoso general ateniense que guió el ejército que venció a los persas en Maratón, pues la lápida de Tucídides estuvo durante muchos años entre las pertenencias de esta familia. Cerca de la puerta de Atenas llamada Melitides hay un sitio de nombre Coela, en el que se hallan los monumentos *Cimonianos* de la familia de Miltiades; allí sólo se enterraba a miembros de esta familia. Entre las reliquias encontradas en este lugar estaba la tumba de Tucídides con la siguiente inscripción: THUCYDIDES OROLI HALIMUSIUS. Todos están de acuerdo en que Miltiades descendía de Olorus, rey de Tracia, cuya hija se casó y tuvo hijos con otro Miltiades, abuelo del anterior. Y Miltiades, que logró la memorable victoria de Maratón, heredó importantes propiedades y ciudades en la península¹⁸ de Tracia y sobre ellas reinó. También en Tracia se encontraban las propiedades de Tucídides y sus ricas minas de oro, tal y como él mismo lo confiesa en el libro cuarto.¹⁹ Si bien se hizo de estas propiedades, según algunos, gracias a una mujer a quien desposó en Scapte-Hyle, una ciudad de Tracia, el hecho mismo de que se casara en Tracia lo conecta con esta tierra y demuestra que su aristocracia no era un misterio para los tracios. Sin embargo, exactamente qué vínculo de parentesco ligaba a Tucídides con Miltiades no aparece manifiesto en ninguna fuente. Hay quienes han conjeturado que pertenecía a la familia de los Pisistrátidas sobre la mera base de que en la obra Tucídides se refiere favorablemente al gobierno de Pisístrato y sus hijos y de que condena las loas a Harmodio y Aristogeiton, sugiriendo que la liberación de Atenas de la tiranía de los Pisistrátidas fue falsamente atribuida a las acciones de éstos, que se debieron más bien a una venganza privada a raíz de una disputa pasional, y que en vez de terminar con la tiranía lograron que ésta se volviese más agresiva hasta que finalmente fue derrocada por los Lacedemonios.²⁰ Pero esta opinión, al carecer de fundamentos, no ha sido tan bien recibida como la anterior.

En consonancia con su aristocracia Tucídides fue instruido desde muy temprana edad en el estudio de la elocuencia y la filosofía. En filosofía, al igual que

16. Hobbes se equivoca; la referencia ciceroniana no es de *De oratore*, sino de *Orator* 9.32.

17. Plutarco, *Vida de Cimón* 4.1-2.

18. En griego en el original: *chersomesus*.

19. 4.105.1.

20. 1.20.2. Esta teoría de las raíces pisistrátidas de Tucídides aparece ya en los escolios griegos a la *Historia*. De allí la toma y la incluye a modo de nota en su traducción Lorenzo Valla. Ver K. Hude (ed), *Scholia in Thucydidem*. Leipzig, 1927.

Pericles y que Sócrates, fue discípulo de Anaxágoras, cuyas opiniones, que estaban por encima del alcance de la comprensión del vulgo, le habían valido el mote de «ateo». *Ateos* solía llamar el vulgo a todos los hombres que no pensaban como ellos respecto de aquella religión ridícula, salvo que a Anaxágoras le costó la vida. Después de él Sócrates, por motivos similares, sufrió el mismo destino. De modo que no debe preocuparnos que este otro discípulo suyo también haya sido calificado de ateo, pues si bien no lo era no resulta imposible que, gracias a la luz natural de la razón, haya visto con suficiente claridad a través de la religión de estos paganos como para darse cuenta de que era inútil y supersticiosa. Y esto bastaba para ser considerado un ateo por esta gente. En algunos pasajes de la *Historia* Tucídides señala los errores de los oráculos, aunque también confirma su propia presunción acerca de cuánto duraría la guerra cotejándola con la predicción de un oráculo. También acusa a Nicias de ser demasiado puntilloso al observar las ceremonias de su religión y de haberse arruinado y de haber arruinado a sus tropas e incluso el dominio y la libertad de su país sugestionado por oráculos.²¹ Sin embargo en otro pasaje lo elogia por su piedad y dice que por ello ningún hombre merecía menos que él sufrir tantas calamidades.²² De este modo, en sus escritos nuestro autor parece no ser supersticioso, pero tampoco ateo.

En retórica fue discípulo de Antifón quien, de acuerdo con la descripción que da de él Tucídides en el libro octavo, era un hombre cuyo poder discursivo rayaba con lo milagroso por lo que mucha gente le temía por su elocuencia.²³ Precisamente por esto los últimos años de su vida los pasó retirado, pero siguió aconsejando y escribiendo discursos para otros hombres que acudían a él con este propósito. Fue él quien pergeñó el derrocamiento del pueblo y el establecimiento del gobierno de los cuatrocientos. A causa de esto fue ejecutado cuando el pueblo recuperó el poder, a pesar de haber alegado a favor de su causa mejor que cualquier hombre lo había hecho hasta aquel día.

No cabe duda de que con un maestro semejante Tucídides bien podría haberse convertido en un gran demagogo con enorme influencia sobre el pueblo. Pero parece que no tenía interés alguno en involucrarse con el gobierno pues en aquellos tiempos era imposible que un hombre diese consejos buenos y útiles para el Estado sin suscitar el desagrado del pueblo. Esto se debe a que el pueblo tenía una opinión tan desmesurada de su propio poder y de su capacidad de lograr con facilidad las empresas más arriesgadas, que los únicos hombres que conmovían a las asambleas y eran considerados sabios y buenos ciudadanos eran aquellos que

21. 7.50.4.

22. 7.86.5.

23. 8.68.1-2.

incitaban al pueblo a acometer las hazañas más peligrosas e insensatas. Mientras que quien daba consejos sobrios y templados era considerado un cobarde o alguien que no comprendía, o no aprobaba el poder del pueblo. Pero esto no debe sorprendernos: demasiada prosperidad, a la cual para aquel entonces los atenienses ya estaban habituados, hace que los hombres se enamoren de sí mismos y es difícil que un hombre aprecie un consejo que lo llama a amarse menos. Esto, por cierto, se aplica mucho más a una multitud que a un hombre solo, pues un hombre que razona consigo mismo no se avergonzará si decide actuar con precaución por temor a las consecuencias. En las deliberaciones públicas, sin embargo, frente a una multitud, el miedo (que en general es buen consejero, aunque no tan buen aliado en la acción) no se debe exhibir y es inaceptable. Así sucedió entre los atenienses, que se creyeron capaces de cualquier cosa y fueron víctimas de hombres malvados y de aduladores que los condujeron a acciones que acabaron por arruinarlos. Los pocos hombres buenos no osaron contradecir a la multitud o, si lo hicieron, fueron eliminados. Por ello Tucídides, a fin de no ser ni responsable ni víctima de estos males, decidió mantenerse alejado de las asambleas y se dedicó a la vida retirada tanto como la eminencia de un hombre tan rico y la tarea de escritura de la *Historia* se lo permitieron.

Si nos atenemos a su opinión respecto del gobierno del Estado es evidente que la democracia era el sistema que menos le gustaba. En diversas ocasiones hace notar la ambición y la competencia entre los demagogos para ganar buena reputación y gloria por su ingenio, el hábito de interrumpirse y contradecirse en las asambleas para perjuicio del público, la inconsistencia de sus resoluciones producto de la variedad de fines que perseguían y el poder de la retórica en los oradores. Del mismo modo también refiere las acciones desesperadas a las que el pueblo se lanzó guiado por los consejos zalameros de quienes deseaban obtener poder de persuasión sobre el pueblo, o retener el poder que ya tenían. Pero tampoco me parece que en ningún sitio elogie la autoridad de *los pocos*, entre los cuales, dice, todos quieren ser jefes y aquellos que no son debidamente valorados lo sobrellevan con mucha menos paciencia de como lo sobrellevarían en una democracia. Por ello la sedición es común y conduce, a la larga, a la disolución del gobierno. Elogia, sí, el gobierno de Atenas cuando era una mezcla de *los pocos* y *los muchos*, pero más lo elogia aún cuando reinaba Pisístrato —salvo por el hecho de que había usurpado el poder— y cuando, a comienzos de esta guerra, era una democracia nominalmente, pero, en los hechos, era una monarquía gobernada por Pericles.²⁴ Me parece, por tanto, que por descender él mismo de la realeza, Tucídides prefería la monarquía. Es por esto que no debe sorprendernos que se haya involucrado lo

24. 2.65.9.

menos posible en los asuntos del Estado y que se haya dedicado a observar y registrar lo que hacían quienes tenían el control del gobierno. Esto lo hizo con agudeza, diligencia y honestidad gracias no sólo a la disposición de su mente sino también a su fortuna, dignidad y sabiduría. Para entender qué fue lo que lo llevó a producir una obra de esta naturaleza es necesario recordar que cuando era joven escuchó a Herodoto, el historiador, recitar su obra en público –pues así se estilaba en aquella época– y sintió un deseo tan poderoso de emularlo que se le llenaron los ojos de lágrimas. Tan notable fue su conmoción que el mismísimo Herodoto se percató de ella y le dijo a su padre, Olorus, que el muchacho tenía una fortísima fijación con las letras. Cuando estalló la guerra del Peloponeso, Tucídides conjeturó –con harta razón– que el conflicto podía ser un tema digno de su labor. Así que ni bien comenzó la guerra él empezó a escribir la *Historia*. Sin embargo la obra no tuvo desde el comienzo la unidad y prolijidad que tiene ahora, sino que en un principio fue un mero registro de acciones y sus consecuencias al tiempo que estas se desarrollaban y llegaban a sus oídos. Sospecho que incluso este mero registro de acciones valdría más que una obra de historia escrita por otro, pues es probable que el libro octavo haya quedado tal y como era cuando Tucídides originalmente lo escribió: ni decorado con discursos ni tan bien articulado en sus transiciones como los otros siete libros. Y si bien comenzó a escribir ni bien la guerra estalló, no se dio a la tarea de perfeccionar y pulir la obra hasta después de ser desterrado.

A pesar de llevar una vida retirada en las costas de Tracia, donde estaban sus propiedades, no pudo evitar seguir prestando servicio al Estado y esto, a la larga, le resultó contraproducente. Mientras residía en la isla de Thasos le llegó la noticia de que Brasidas el Lacedemonio había sitiado Amphipolis, una ciudad que estaba bajo el dominio ateniense en el confín de Tracia y Macedonia a medio día de navegación de Thasos. En busca de ayuda, el capitán ateniense en Thasos mandó un emisario a Tucídides para que éste juntara un ejército y lo movilizara hacia la ciudad sitiada. Vale aclarar que Tucídides era un *estratego*, es decir que tenía autoridad para convocar un ejército en aquella zona y ponerlo al servicio del Estado. Y de hecho así lo hizo, pero llegó a Thasos demasiado tarde y se encontró con que la ciudad ya se había rendido al invasor.²⁵ A causa de esto es que fue desterrado posteriormente, pues se lo acusó de negligencia y procrastinación por miedo al enemigo. A pesar de ello, avanzó sobre la ciudad de Eion y la salvaguardó para los atenienses perseguido por Brasidas, quien descendió de Amphipolis al día siguiente e intentó tomar por asalto la ciudad.²⁶ Se cree que quien orquestó el destierro de Tucídides fue Cleon, un violento sicofante de

25. 4.104.4-5.

26. 4.106.3.

aquellos tiempos y, por ende, un orador respetado por el pueblo. Pues cuando las cosas no salen como se hubiera querido, aunque haya habido providencia y coraje en las intenciones, quienes sólo juzgan basándose en lo que ven, caen fácilmente en la calumnia, la envidia disfrazada de fanatismo en pos del bien común, y pronto encuentran motivos para acusar.

Luego de su destierro, según relata Plutarco,²⁷ Tucídides vivió en Scapte-Hyle, una ciudad de Tracia que ya he mencionado. No obstante lo cual siguió viajando y siendo testigo de acontecimientos importantes durante el resto de la guerra, tal y como queda manifiesto en el quinto libro donde dice que presencié acciones bélicas de ambos lados, tanto del de los lacedemonios, a causa de su exilio, como del de los atenienses.²⁸ En este tiempo también pulió y corrigió sus notas hasta convertirlas en la obra de que disponemos hoy y, al parecer, luego del destierro nunca más volvió a disfrutar de su país. No queda claro en ninguna fuente dónde, o cuándo o en qué año murió. La mayoría concuerda en que murió en el destierro, sin embargo hay quienes han especulado que luego de la derrota de Sicilia, cuando los atenienses revocaron todos los destierros, excepto los de los miembros de la familia de Pisístrato, Tucídides volvió a Atenas donde fue ejecutado. Pero es muy poco probable que esto sea cierto, a no ser que cuando dicen «luego» de la derrota de Sicilia hayan querido decir «mucho tiempo después», es decir luego del fin de la guerra del Peloponeso, pues Tucídides mismo jamás hace referencia a un tal regreso a su patria a pesar de haber vivido durante toda la guerra, lo cual queda claro en el libro quinto. Allí asegura que vivió en el destierro durante al menos veinte años luego de los cargos presentados por la caída de Amphipolis, que fue en el octavo año de la guerra, la cual, a su vez, duró veintisiete años en total.²⁹ En otro pasaje menciona el hecho que significó el fin de la guerra: la destrucción de las largas murallas que iban del Pireo a la ciudad.³⁰ Quienes argumentan que murió en Atenas lo hacen sobre la base de que allí estaba su tumba. Pero esto no es argumento suficiente, pues bien pudo haber sido enterrado allí en secreto —que, según algunos, fue el caso— a pesar de haber muerto en el extranjero; o quizás, como especulan otros, su tumba estaba allí pero no su cuerpo. De toda esta madeja de especulaciones se destaca como más probable la de Pausanias cuando describe los monumentos de Atenas y dice: «Enobio logró conseguir que se pasara un decreto que lo autorizara a volver pero cuando volvió fue asesinado a traición y su sepulcro está junto a las puertas de

27. Plutarco, *Moralia* 7.557.

28. 5.26.5.

29. 5.26.5.

30. 8.90.5.

Melitides.» Cuando murió, dice Marcelino,³¹ tenía cincuenta y siete años, y si lo que afirma Aulio Gelio acerca de las edades de Helanico, Herodoto y Tucídides es cierto,³² Tucídides murió a los sesenta y ocho años de edad. No se sabe si tuvo hijos. En el *Menón* Platón menciona a Miliesias y Stephanos, hijos de un tal Tucídides de una familia muy noble,³³ pero es claro que se trataba de los hijos de Tucídides el rival de Pericles, que también pertenecía a la familia Miltiades tal y como asegura Plutarco en la *Vida de Cimón*. Marcelino, basándose en la autoridad de Polemón, asegura, sin embargo, que tuvo de hecho un hijo pero no menciona su nombre. Un erudito propuso como nombre Timoteo, leyendo una copia imperfecta del manuscrito y notando que el nombre empezaba con *theo*. Hasta aquí, la vida de Tucídides.

Ahora, respecto de su obra hay que considerar dos aspectos: *verdad* y *elocución*. En la *verdad* está el *alma* y en la *elocución*, el *cuerpo* de la historia. La segunda sin la primera no es sino una imagen de la historia, la primera sin la segunda no sirve para instruir. Pero veamos ahora cómo nuestro autor se desempeñó en lo que a ambas respecta. Acerca de la veracidad de su historia poco hay para decir pues nunca nadie la ha puesto en cuestión. En efecto, nadie podría dudar con justicia de la veracidad de un autor, cuando nada hay que despierte sospechas acerca de motivos que podrían haberlo llevado a mentir deliberadamente o a transmitir por ignorancia una falsedad. Tampoco se sobre-exigió acometiendo la tarea de escribir la historia de acontecimientos ocurridos mucho antes de su nacimiento, de los que no hubiera podido informarse debidamente. Tucídides era un hombre con los medios suficientes, tanto por su dignidad como por su riqueza, para dar con la verdad de lo que relataba. Puso tanta diligencia en la búsqueda de la verdad –anotando cada cosa apenas sucedía y estaba aún fresca en su memoria y poniendo su riqueza al servicio de su inteligencia– como es humanamente posible. Los vítores de los auditorios lo afectaban menos que a cualquier otro hombre y no escribió la historia para ganarse un aplauso tal y como se estimaba en aquella época. La compuso para que fuera un monumento, un recordatorio para las generaciones venideras. Así lo decía él mismo cuando llamaba a su libro KTHMA ΕΣ ΑΕΙ, *una posesión que dure para siempre*. Lejos estaba del temor y la adulación, vicios de escritores serviles, y aunque quizás se lo considere, no sin

31. No se trata del famoso historiador romano Amiano Marcelino, sino de otro Marcelino que en la antigüedad tardía compuso una breve *Vida de Tucídides* en griego. Ver Judith Maitland, «Marcellinus' *Life of Thucydides*: Criticism and Criteria in the Biographical Tradition», *The Classical Quarterly* Vol. 46, N.2, 1996.

32. Aulio Gelio, *Noches Áticas*, 15.23.

33. Platón, *Menón* 94c.

razón, despreciativo con su país de origen, nada hay en su obra que revele esta pasión. Tampoco hay nada en la obra que deshonne a los atenienses por ser atenienses, sino por ser *hombres*, y a ello lleva la narración misma, no alguna digresión arbitraria. De modo que no son las palabras de Tucídides, sino sus propias acciones las que los reprochan. En síntesis, si hay una obra que pone en evidencia más que en ninguna otra la veracidad de la historia a través de la narración, ésta es la obra, narrada en forma coherente y perspicua desde el comienzo hasta el fin.

Dos cosas hay que considerar respecto de la *elocución*: la *disposición*, o *método*, y el *estilo*. En cuanto a la *disposición* de la obra de Tucídides bastará aquí observar brevemente que en el primer libro, por medio de un exordio, el autor comienza derivando el estado de Grecia desde los orígenes hasta la vigorosa estatura que había alcanzado cuando él empezó a escribir la obra. A continuación, enumera las causas reales y aducidas de la guerra acerca de la cual se dispone a escribir. En lo que sigue, cuando trata sobre la guerra en sí misma, sigue de manera sistemática el orden temporal y así narra lo que sucedió año tras año, subdividiendo cada año en verano e invierno. Antes de describir una acción presenta las razones y motivos de ésta ya sea de manera narrativa o por medio de *discursos deliberativos* pronunciados por personajes influyentes de la esfera pública. Luego de describir los acontecimientos, da oportunamente su opinión al respecto señalando por qué medios se logró o se frustró el éxito. Jamás se vale de digresiones para instruir ni incluye tipo alguno de preceptos explícitos, pues esto le corresponde al filósofo, y porque, al haber expuesto con tanta claridad a los ojos del lector los acontecimientos y las tramas detrás de los buenos y de los malos consejos, la narración misma instruye al lector de soslayo y de manera mucho más efectiva que con cualquier precepto.

En cuanto a su *estilo* me remito al juicio de diversos autores antiguos que eran jueces competentes. Plutarco, en su libro *De gloria atheniensium* dice lo siguiente: «Tucídides siempre apunta a lo siguiente, hacer del auditor un espectador y producir en el lector las mismas pasiones en que estaban inmersos los protagonistas. La manera en que Demóstenes ordenó a las tropas atenienses en las escarpadas costas de Pilo, o cómo Brasidas exhortó a su timonel a que diese media vuelta con la galera y luego se dispuso a descender a la parte inferior de la galera, fue herido, se desvaneció y cayó por la escalera, o cómo los espartanos lucharon en el mar como se lucha en tierra, y los atenienses lucharon en tierra como se lucha en el mar, o cuando en la guerra de Sicilia se luchó una batalla por mar y por tierra con igual resultado. Todas estas cosas están descritas de tal forma y expuestas al lector de manera tan clara que su mente se ve afectada tanto como si hubiera estado allí presente.»³⁴ En esto consiste la perspicuidad de Tucídides. En

34. Plutarco, *Moralia* 4.501.

De oratore, Cicerón, discutiendo el temperamento de algunos oradores griegos, dice: «Tucídides y Herodoto son los más admirables, pues a pesar de haber sido contemporáneos de otros a quienes acabo de nombrar (Trasímaco, Gorgias y Teodoro) lejos se mantuvieron de la indulgencia, o más bien de la superficialidad de estos. Pues el primero fluye sin rispideces como un río calmo y el segundo (es decir Tucídides) fluye con fuerza y en cuestiones de guerra suena como un clarín. Y en ellos dos, como dice Teofrasto, la historia se elevó y se atrevió a hablar más y en forma más ornamentada que como lo habían hecho sus antecesores.» Así elogia la gravedad y la dignidad de su lenguaje. También en el libro segundo de *De oratore* dice: «Opino que en el arte de la palabra Tucídides superó a todos con creces, pues su obra tiene tanta sustancia que el número de reflexiones casi alcanza el número de palabras que utiliza; y sus palabras son tan aptas y tan precisas que cuesta decir si sus palabras ilustran sus reflexiones, o sus reflexiones las palabras.» Con esto Cicerón elogia el carácter conciso y la fuerza de su estilo. Finalmente, para mostrar la pureza y la propiedad del estilo, me remito a Dionisio de Halicarnaso,³⁵ cuyo testimonio es el más respetable en este respecto pues era un orador griego por profesión y temperamento, y uno que no solía elogiar a alguien así porque sí. Esto dice Dionisio: «Existe una virtud propia de la elocuencia que es la más importante de todas y sin la cual no hay otra cosa buena en el discurso. ¿De qué estoy hablando? De cuando el lenguaje es puro y retiene la propiedad de la lengua griega. Ambos respetan esto diligentemente. Pues nadie dominó el dialecto iónico como Herodoto ni el ático como Tucídides».

Pero estos testimonios sirven de muy poco a quien leyó la historia, e incluso a quien no la leyó, pues este mismo Dionisio se esforzaba tremendamente y ponía tanto esmero en la retórica que finalmente acabó vaciándola de todo valor. Por lo demás, me parece importante recordar las principales objeciones que Dionisio le hizo a Tucídides, sin agregar ningún juicio mío, sino apelando a las consideraciones del lector. En primer lugar, Dionisio dice: «El deber principal y más fundamental de un hombre que decide escribir una historia es elegir un argumento noble y que agrade a quien lo lea. Y esto Herodoto, en mi opinión, lo ha logrado mejor que Tucídides. Pues Herodoto ha escrito una historia que es, a la vez, de los griegos y de los bárbaros, a fin de salvar todo eso del olvido, etc. Pero Tucídides escribe sólo sobre una guerra que no fue ni honorable ni afortunada, y, por sobre todo, una guerra que uno desearía que no hubiera sucedido nunca, pero lo que es más importante, una guerra que la posteridad no debería conocer, ni re-

35. Aquí comienza la larguísima digresión acerca de Dionisio de Halicarnaso. Los escritos de Dionisio sobre Tucídides han sido compilados en W. Kendrick Pritchett (ed), *Dionysius of Halicarnassus: On Thucydides*, Berkeley, 1975. Acerca de Hobbes y las objeciones de Dionisio, ver la Introducción.

cordar. Que abordó un tema perverso resulta evidente desde el proemio, cuando dice “que muchas ciudades acabaron, a causa de la guerra, desoladas y totalmente destruidas en parte por los bárbaros y en parte por los mismos griegos; y hubo tantos destierros y tantas masacres de hombres como nunca antes había habido”. De este modo el lector aborrece el tema de entrada. Ahora bien, dado que es mucho mejor hablar de los hechos maravillosos de los griegos y los bárbaros que hablar de calamidades penosas y horribles de los griegos, Herodoto fue mucho más sabio que Tucídides en la elección del tema».

¿Pero acaso no sería más razonable decir que el deber principal y más fundamental de quien escribirá una historia es elegir un tema que le sea posible abordar y, a la vez, que resulte provechoso para la posteridad que leerá la obra? Todos están de acuerdo en que Tucídides logró esto con más éxito que Herodoto, pues éste decidió escribir acerca de cosas de las que no tenía forma de saber si eran ciertas, narraciones fabulosas que deleitan el oído pero que no satisfacen la mente con veracidad. Tucídides, en cambio, escribió acerca de una guerra de la que, desde el comienzo hasta el final, fue testigo presencial y se pudo informar con minucia. Al señalar en el proemio cuántas miserias trajo la guerra demuestra, sin decirlo, que fue una gran guerra digna de ser recordada, y no olvidada, por la posteridad precisamente a causa de las calamidades que sufrieron los griegos, pues los hombres sacan más provecho y providencia de la narración de adversidades que de la de situaciones de prosperidad. Por tanto, dado que las miserias de los hombres educan mejor que las narraciones de victorias y éxitos, la elección del tema fue mucho más afortunada en Tucídides que sabia en Herodoto.

Dionisio también dice: «El segundo deber de quien escribe historia es saber dónde comenzar y dónde terminar. Y también en este punto Herodoto parece haber sido mucho más juicioso que Tucídides pues, en primer lugar, establece la causa por la cual los bárbaros comenzaron a atacar a los griegos y luego finaliza con el castigo y la venganza que sufrieron los bárbaros. Pero Tucídides comienza por el estado de bonanza de los atenienses, lo cual, siendo griego y siendo ateniense, no debería haber hecho. Y mucho menos debería haber culpado a su ciudad por la guerra, siendo como era un miembro de la nobleza local, sobre todo considerando que podría haber aducido otras circunstancias como detonantes del conflicto. Tampoco debería haber comenzado con el asunto de Corcyra, sino con actos más nobles de su país, como los que se llevaron a cabo inmediatamente después de la guerra contra los persas, que luego en otra parte menciona pero sólo de pasada. Cuando se refiere a estos con elogios y emoción, como buen patriota, debería haber agregado que fueron los lacedemonios, con su envidia y su miedo, pero aduciendo otras causas, quienes dieron comienzo a la guerra. Y recién entonces debería haber hecho referencia al asunto de Corcyra y

al decreto contra los megarenses, u otra cuestión que le pareciese adecuada. Luego, hacia el final de la historia, cometió una gran cantidad de errores, pues, a pesar de haber dicho que había estado presente a lo largo de toda la guerra y que la narraría en su totalidad, concluye con la batalla naval de Cynossema, que se disputó en el vigésimo primer año de la guerra.³⁶ Mucho más apropiado habría sido seguir y acabar la obra con el admirable y afortunado retorno de los atenienses desterrados en File, momento en que la ciudad recuperó su libertad».

A esto solo puedo decir que el deber de quien se lanzase a la tarea de escribir la historia de la guerra del Peloponeso era comenzar la narración con las causas del conflicto y establecer si Grecia estaba en una buena o mala situación en aquel entonces. Y si la injuria que ocasionó la guerra provino de los atenienses, el escritor, aunque sea de origen ateniense y honrado en su patria, debe decirlo como es y no buscar ni alegar otras excusas que estén estas a la mano a fin de desviar la culpa. También sostengo que hechos acaecidos antes de la guerra en cuestión deben ser mencionados sólo de pasada y a fin de echar luz sobre la historia que sigue, no obstante se trate de acciones nobles. Habiendo tratado estos hechos así, sin prejuicios de ningún tipo, y no en calidad de amante de su país sino de la verdad, quien escriba debe proseguir con lo demás con igual imparcialidad. Y finalmente debe concluir la obra precisamente donde concluye la guerra que se había dispuesto a narrar y no continuar la historia más allá de este período, a pesar de que lo que haya seguido sea admirable y aceptable. Tucídides respetó todo esto.

He incluido en detalle estas dos acusaciones, tras haberlas traducido casi palabra por palabra, para que quede claro cuáles eran las ideas de Dionisio de Halicarnaso respecto de las virtudes principales de la historia. Pienso que nunca se ha escrito tanta estupidez en tan pocas líneas. Contradice lo que han dicho todos los que han escrito sobre el tema y al mismísimo sentido común, pues hace del objetivo de la historia no el provecho que supone un testimonio verdadero, sino el placer del oyente, como si se tratara de una canción. Además preferiría que el tema de la historia no fuesen las calamidades y miserias de su país, sino las glorias y las hazañas espectaculares y que aquéllas fuesen sepultadas en el silencio. Entre las virtudes del historiógrafo cuenta el amor por su país, la habilidad de placer al lector, escribir más de lo que el tema le permite y esconder todas las acciones que no enaltecen el honor de su país. Todos estos son, claramente, vicios. Él era un orador y, al parecer, nada que no fuese capaz de ser ornamentado retóricamente le parecía digno de escribirse. Sin embargo, Luciano, que también era orador, en un tratado intitulado *Cómo escribir historia*, dice «que alguien que escribe historia debe, en sus escritos, ser como un extranjero, un apátrida que vive bajo su

36. 8.103.

Ilustración nº 6

propia ley sin responder a ningún rey, sin importarle lo que place o no place a los hombres, sino transmitiendo las cosas como son».³⁷

La tercera falla que encuentra Dionisio en la obra de Tucídides tiene que ver con que el método de su historia está regido por el tiempo, en lugar de por los períodos de las distintas acciones. Pues Tucídides expone ordenadamente lo que sucedió cada verano e invierno por lo que, en ocasiones, se ve forzado a abandonar la narración de un asedio, de una rebelión, de una batalla u otra acción que se desarrolló en el interín y pasar a la narración de algo que sucedió al mismo tiempo en otro sitio, para luego, finalmente, volver a la acción principal a su debido tiempo. Esto, según Dionisio, confunde al lector y no lo deja apreciar con claridad las distintas partes de la historia.

Dionisio siempre apunta a satisfacer al lector *contemporáneo*, mientras que Tucídides afirma una y otra vez que su objetivo no es ése, sino dejar su obra como una *posesión perpetua para la posteridad* y luego permitir que los hombres se tomen su tiempo para leerla y comprenderla entera. En efecto, quien lo lea con atención, se percatará de que cada acción está narrada con el mencionado objetivo. Este método es mucho más natural, pues dado que su propósito era escribir acerca de la guerra del Peloponeso, de este modo incorporó todos los episodios de esta guerra y les dio unidad, convirtiéndolos en partes orgánicas de un todo. De haberlo hecho a la manera de Dionisio, cosiendo pequeñas historias unas con otras, no habría escrito la *Historia de la guerra del Peloponeso*, según era su objetivo, pues ninguna parte por separado, ni el conjunto de estas podrían llevar dicho título.

En cuarto lugar, Dionisio critica a Tucídides por el método que adopta en el primer libro, en el que recorre la historia de Grecia desde sus inicios hasta la época contemporánea del autor y donde luego narra las disputas en torno a Corcyra y Potidea antes de establecer la causa principal de la guerra, que fue el tremendo poderío de los atenienses, temido y envidiado por los lacedemonios. En respuesta a esto, digo lo siguiente: En cuanto a las referencias a la Grecia primitiva, son escuetas y el autor no insiste en ella más de lo que es necesario para comprender lo que sigue en la narración. Pues sin algunas nociones básicas de aquellos primeros tiempos, muchas cuestiones de la obra resultarían difíciles de comprender. Esto se debe a que el conocimiento de los orígenes de ciertas ciudades y de ciertas costumbres no se puede insertar en medio de la historia y tampoco puede el autor dar por sentado que el lector ya posea de antemano dicho conocimiento, por lo que debe incluirlo al comienzo a modo de prefacio necesario. Y reprenderlo por mencionar en primer lugar el motivo aducido y público

37. Luciano, *Cómo escribir historia*, 6.

de la guerra y luego la causa verdadera de la misma es absurdo. Pues es evidente que las causas que se aducen y se divulgan para justificar y explicar una guerra, por más triviales que sean, entran dentro del campo de interés del historiógrafo tanto como la guerra misma por la sencilla razón de que sin pretextos no hay guerras. Los pretextos son siempre una injuria recibida o que se dice haber recibido. A la vez, también es cierto que los verdaderos motivos que suscitan las hostilidades no pueden sino ser conjeturales, no hay de ellos evidencia que un historiógrafo pueda exhibir más allá de toda duda, pues ¿cómo se hace para demostrar que un Estado envidia a otro Estado, o que un Estado teme que otro Estado lo ataque? Dejo, por ende, a juicio de cualquiera si un buen escritor de historia debe o no proponer como causa principal de una guerra una supuesta injuria o envidia contenida. En síntesis, así resume Tucídides su método historiográfico respecto de este punto: «Así fue la disputa por Corcyra y la pelea por Potidea», y luego de relatar ambas en detalle concluye que «en ambos casos los atenienses fueron acusados de haber perpetrado la injuria. Sin embargo, los lacedemonios no habían entrado en la disputa a causa de esta injuria, sino que, en realidad, envidiaban la grandeza del poderío ateniense y temían las consecuencias de su ambición».³⁸ Me parece que un orden más claro y más natural es, sencillamente, inconcebible.

Dice también Dionisio que Tucídides incluye una oración fúnebre –algo que se hacía con gran solemnidad en muchas ocasiones durante la guerra– en memoria de tan solo quince jinetes que fueron asesinados a orillas del arroyo Reiti pura y exclusivamente a fin de ponerla en boca de Pericles, que aún estaba vivo entonces. Era costumbre entre los atenienses que, quienes caían primero en una batalla, eran honrados con una oración fúnebre en las afueras de la ciudad. Durante esta guerra tuvieron gran cantidad de ocasiones de poner en práctica esta costumbre. Viendo, por tanto, que era apropiado hacer pública esta costumbre y la manera en que se llevaba a cabo, le pareció adecuado incluir esta oración hacia el comienzo aunque fuese una oración para tan sólo quince jinetes. Sin embargo me parece que Dionisio también se equivoca respecto del número, pues el funeral se celebró recién el invierno luego de la matanza, de modo que muchos más fueron asesinados antes de la oración, muchos que murieron también en primeras líneas de batalla. Y, por último, no hay razones para dudar de que haya sido Pericles quien pronunció la oración.

Otra falla que encuentra el de Halicarnaso tiene que ver con que Tucídides presenta a los generales atenienses en una conversación con los habitantes de la isla de Melos, sugiriendo que la causa de la invasión de la isla fue el poderío y la

38. 1.23.5-6.

voluntad de poder del Estado de Atenas y rechazando rotundamente la posición de quienes defendían el derecho de Atenas a invadir. La invasión, en opinión de Tucídides, fue contradictoria con la dignidad de Atenas.

En respuesta a esto digo que, en este caso, el proceder de los generales en nada difirió de cómo se condujeron en otras circunstancias apoyados por el pueblo ateniense, de modo que es muy probable que el pueblo también en ocasión de la invasión los hubiera apoyado. Por tanto, si Atenas ordenó a estos generales tomar la isla sea como fuere, sin tomar en consideración la equidad de la causa de los isleños –como seguramente fue el caso– no veo por qué los generales hayan tenido que establecer conversaciones con ellos acerca de los objetivos de la operación. Sí es cierto que discutieron si se llevaría a cabo por medios justos o inicuos, de lo cual es testimonio el diálogo. Otras muchas objeciones le hizo Dionisio a Tucídides, pero no merece la pena que las recordemos.

Luego también tilda su estilo de oscuro y licencioso. Quien tenga interés y quiera ver a qué pasajes en especial se refiere Dionisio cuando dice esto que vaya al texto mismo, ya que es demasiado tedioso como para que lo discutamos aquí. Es cierto que en la *Historia* hay oraciones algo largas, pero no son oscuras para quien lee con atención, y, además, son muy pocas. Y aún así, esta es la falla más grave que le encuentra Dionisio al estilo de Tucídides, pues, en lo que a la supuesta oscuridad respecta, no viene más que de la profundidad de un pensamiento que supo transmitir grandes intuiciones sobre las pasiones humanas que, aunque se disimulen o no se discutan abiertamente, acaban decidiendo el modo en que los hombres se relacionan en sociedad. Visto que no se puede develarlas sin harta meditación, no podemos pretender que alguien las comprenda ni bien oír a otros hombres hablar. Según Marcelino, Tucídides era oscuro ex profeso, para que el vulgo no lo comprendiese. ¿Alguien osará reprenderlo por esto? Así deben escribir los hombres sabios, con palabras que todos puedan comprender, pero sólo para que lo aprecien los sabios. Pero esta oscuridad no se manifiesta en la narración de las acciones ni en la descripción de sitios y batallas, pues en todo lo que a esto se refiere Tucídides es el autor más perspicuo, tal y como afirmaba Plutarco anteriormente. Sin embargo, a la hora de analizar los distintos tipos de temperamentos y hábitos en los hombres y vincularlos con acontecimientos históricamente relevantes, resulta imposible no pasar por oscuro para los entendimientos comunes, independientemente de qué palabras el autor elija para transmitir sus puntos de vista. Por ende, resulta dificultoso entender los discursos que incluye Tucídides, o la descripción de una rebelión o cualquier otro pasaje de este tipo para quienes no pueden descifrar la naturaleza de cuestiones semejantes, de modo que la dificultad no tiene que ver con el carácter intrincado de la lengua. Dionisio también le critica que oponga opiniones contradictorias una junto a la otra, algo

que los maestros de retórica llaman *antitheta*.³⁹ Esta técnica, que en cierto tipo de discursos puede resultar perversa, no es impropia si uno quiere ilustrar temperamentos y, en discursos de tipo comparativo, es la única técnica apropiada. Y visto que a continuación insiste en acusarlo de licencioso por transformar sustantivos en verbos y verbos en sustantivos, por alterar caso, género y número –lo cual atiende a un esfuerzo por volver más eficaz el estilo, y no a un uso impropio del lenguaje– le respondo con Marcelino, quien dice «que Dionisio critica esto por mera ignorancia, pues a pesar de haber sido un orador profesional, no logró ver que la de Tucídides era la manera de expresarse más excelente y más perfecta».

Puede que alguien se pregunte qué fue lo que llevó a Dionisio a socavar la valía de Tucídides, un autor que, según Dionisio mismo admite, era considerado por todos como el mejor historiador que jamás hubiese escrito y a quien todos los oradores y filósofos antiguos tomaron como modelo de cómo se debe escribir historia. Por qué motivo lo hizo realmente no lo sé, pero no es difícil adivinar qué tipo de gloria esperaba como resultado de esto. Pues al manifestar su preferencia por Herodoto, un compatriota suyo de Halicarnaso, en vez de por Tucídides, que era considerado el mejor, y al estar convencido de que su propia historia superaría a la de Herodoto, aspiraba sin duda a que el honor de mejor historiógrafo recayera sobre él. También en esto se equivocó. Hasta aquí llegamos con las objeciones de Dionisio de Halicarnaso.

Se dice que Demóstenes, el famoso orador, anotó hasta el cansancio su copia de la historia de Tucídides, tanto la admiraba por su elocuencia. Sin embargo esta elocuencia no era adecuada para las cortes, sino propia de la historia y mejor para ser leída que oída. Las palabras que pasan a vuelo de pájaro sin detenerse –como pasan en los discursos públicos– deben ser entendidas sin esfuerzo porque si no se pierden, pero las palabras que permanecen fijas en la escritura para que el lector medite sobre ellas deben ser sucintas y sustanciosas. Por ello Cicerón con justicia lo distingue de los litigantes, pero nunca se olvida de elogiarlo como historiógrafo: «¿Qué gran orador ha tomado algo de Tucídides? Sin embargo, lo confieso, todo el mundo elogia su sabiduría, su seriedad y su gravedad a la hora de narrar eventos pasados. Todo el mundo lo admira no por haber sido un gran litigante en las cortes, sino por haber sido un corresponsal de guerra y un historiógrafo. De modo que nunca fue considerado un orador, pero aún si no hubiera escrito la historia, su nombre igual habría llegado hasta nosotros por su honor y

39. Este técnica estilística consiste en una sucesión de sentencias que se contradicen entre sí, a modo de pros y contras de una idea. Ver Aristoteles, *Retórica* 3.8. En 1637, Hobbes tradujo y publicó un resumen de la obra de Aristóteles titulado, *A Briefe of the Art of Rhetorique*, en el que incluye el pasaje sobre la *antithesis* y sus partes, las *antitheta*.

su nobleza. Y a pesar de que nadie ha logrado imitar la profundidad de sus palabras y de sus ideas, algunos, cuando producen obras anquilosadas y desprolijas, inmediatamente se consideran hermanos de Tucídides».⁴⁰

También acerca de esto dice en su libro *De optimo oratore*: «Pero en este punto apelaremos al caso de Tucídides, a quien muchos han admirado con justicia por su elocuencia. Pero su elocuencia no tiene nada que ver con la que buscamos para nuestro orador, pues una cosa es desarrollar un tema mediante la narración histórica y otra cosa muy diferente es acusar a un hombre o defenderlo de una injuria por medio de argumentaciones. Del mismo modo que en las narraciones una cosa es tranquilizar al lector y otra es agitarlo».⁴¹ En *Cómo escribir historia*, Luciano continuamente da ejemplos de las virtudes que necesita tener un historiógrafo que quiera emular a Tucídides y quien lea con atención el listado se dará cuenta de que la imagen de historiógrafo que uno deduce luego de leer la historia fue la que inspiró el modelo en la mente de Luciano. Para terminar, recordemos el elogio a Tucídides más perfecto y ajustado a la verdad, que aparece en la notas que agregó a su libro *De doctrina civili* Justo Lipsio: «Tucídides, que no escribió mucho ni de grandes asuntos, merece quizás la corona entre todos los que escribieron mucho y de grandes asuntos. Su estilo es siempre grave, sucinto y lleno de contenido, sus apreciaciones siempre son sensatas y a cada paso, de manera soslayada, educa y dirige la vida y las acciones de los hombres. En sus discursos y en sus digresiones es casi divino. Cuanto más uno lo lee, más cosas de él saca y nunca se lo deja sin ganas de leer más. El único historiógrafo con que se le puede parangonar es Polibio».⁴²

Esto es todo respecto de la vida y la *Historia* de Tucídides.

40. Cicerón, *Orator* 9.32.

41. *De optimo genere oratorum* 1.5.

42. Justo Lipsio (1547-1606) publicó en 1589 *Politicorum sive Civilis doctrinae libri sex*, un libro destinado a instruir a futuros líderes sobre cómo gobernar principados con justicia y magnanimidad.